

no la gloria de Dios, sino la propia, es como fornicar consigo mismo. También está escrito por el profeta: *Baja de donde eras mas hermosa*; entendiendo que el alma cae de su hermosura cuando en lugar de crecer en gracia con las alabanzas de Dios, la disminuye con su vanidad. Para esto hay un remedio, que es obrar al revés del que nos tienta, trayendo á la memoria nuestras obras malas cuando él nos presenta y exagera las buenas, y confesando en nuestro corazón que todo lo malo que practicamos es obra nuestra, y que solo de Dios viene todo el bien que hacemos.

»Necesaria es también la pureza de los sentidos, si se ha de conservar el mérito de las buenas obras; pues como dice el apóstol San Pablo: *El templo de Dios es santo, y sois vosotros*, es decir: *la voluntad de Dios es que os santifiquéis*. Lo que el mismo apóstol explica de este modo: *que nos abstengamos de toda inmundicia, procurando gobernar nuestros sentidos segun la ley de la virtud y honestidad*, y no segun las indicaciones de la concupiscencia.

»Aun en el gobierno de los súbditos, debemos refrenar los impulsos de la soberbia con la moderación y la templanza, pues que el hombre reina bien cuando la gloria del reino no le domina. Debe cuidarse también de no dejarse dominar de la ira, que es otro escollo: la ira en el castigo debe venir despues de la razón como sierva, y no delante como señora; pues cuando la ira no va delante, nos parece justa y razonable aun en la crueldad. Por esto está escrito que *la ira del hombre no obra justicia delante de Dios y también, que el hombre ha de ser pronto en escuchar; pero tardo en hablar y tardo en irritarse*.

»Vos no necesitáis seguramente de mis consejos, y si he dicho todo esto es para tener alguna parte en vuestras obras; pues hasta ahora, habiéndolas hecho por propio impulso, han sido enteramente vuestras; y en adelante, á causa de mis exhortaciones, serán juntamente de ambos.

»El Dios Omnipotente os bendiga con su brazo poderoso, y os de su ayuda y protección en todas vuestras acciones, concediendos felicidad en este mundo, y despues de una vida dilatada el premio eterno en la alegría celestial.

»Con el dador os remito una llavecita que ha tocado el sagrado cuerpo de San Pedro apóstol, y tiene parte del hierro de las cade-

nas que le cargaron sobre su cuello en el martirio: así os descarguen en el alma de todo pecado. También entrego al mismo una cruz con parte del sagrado madero de nuestra Redención, y de los callos de San Juan Bautista, para que el Señor os de consuelo y gracia por intercesión de su santo precursor, y por el mismo medio, desde esta Silla de San Pedro apóstol, envío el palio al reverendísimo obispo y hermano mio Leandro, porque es uso y antigua costumbre y dicho prelado lo merece por su bondad y gravedad.» La segunda es esta:

«Tiempo hace que vuestra dulcísima excelencia me escribió por medio de un jóven napolitano que vino á Roma, encargandome que yo me dirigiese al piísimo emperador, con el fin de que se buscara en sus archivos el tratado que fué hecho entre el príncipe Justiniano, de buena memoria, y el rey Atanagildo, acerca de los derechos de vuestro reino, para ver lo que á vos se debe.

»No me ha sido posible complaceros por dos motivos poderosos. El uno porque en tiempo de dicho príncipe Justiniano, de buena memoria, sufrió el archivo un incendio, de suerte que apenas se conserva papel alguno de aquella época; y también porque, siendo los artículos del tratado contrarios á vuestras regalías (lo que no es conveniente decir), creo lo mejor y mas prudente que se reproduzcan por mi medio los documentos que se conserven en vuestra misma córte.

»Os exhorto, pues, que dispongais lo que os dictare la prudencia, y lo que sea mas conveniente á la paz del pueblo, para que vuestro reinado merezca por dilatados años los elogios de la posteridad.

»He recibido los trescientos vestidos que ha enviado vuestra excelencia de limosna para los pobres de San Pedro, y ruego á Dios que en el tremendo dia del juicio final os ampare y proteja aquel mismo Señor, á cuyos pobres habeis favorecido y vestido. Si he tardado tanto en enviaros esta, no ha sido por mi voluntad, sino por no haber habido buque alguno que pasase de estas tierras á España.»

Tales son las dos importantísimas cartas que se conservan dirigidas por San Gregorio el Magno al rey Recaredo. De la tercera tan solo existe un fragmento que dice así: «...También os remito

otra llave que ha tocado el sagrado cuerpo de San Pedro apostol, para que la coloquéis en lugar digno, y merezcáis de Dios toda bendicion y prosperidad.»

Las anteriores cartas dicen mucho mas en favor de San Gregorio I que cuanto pudiera manifestarse aquí por cuenta propia. Bastan ellas, como la somera narracion que se ha hecho de sus actos para calificarle de una de las mas puras glorias del Pontificado. No se pondrá término, sin embargo, á su biografia, antes de hacer constar que, como se vé obligado á reconocér hasta el mismo Gregorovius, San Gregorio, ejercitando ya los derechos reales, gobernando la cosa pública con verdadera soberania en todos los asuntos políticos de Italia, mandó capitanes allí donde los juzgó necesarios, trató paces y treguas con los bárbaros, tomó á sueldo tropas, y fortificó á Roma, y todo esto lo hizo, no por ambicion, sino en cumplimiento de sus sagrados deberes, resultando el salvador y el protector de Roma y de la península itálica. El 12 de marzo del año 604 subió al cielo su alma, y sus mortales restos fueron sepultados en el Pórtico de San Pedro desde donde se los trasladó despues á la Basílica.

XVIII.

Entretanto habia terminado el siglo vi y el pontificado aumentaba en grandeza y poder, pues de la Cátedra Apostólica se esparcian por todas partes la fuerza, la salvacion y la vida. El mundo antiguo se derrumbaba y, con misterioso trabajo, íbase formando una nueva sociedad á la que los papas daban los necesarios elementos de regeneracion religiosa, científica y política. A que fuese esto así contribuyeron poderosamente las virtudes de los pontífices del siglo sétimo, á partir desde el sucesor de San Gregorio Magno, que fué Sabiniano, hijo de Bono, natural de Volterra, segun la mayor parte de los escritores, ó de Blera, en Toscana, ó Bieda, cerca de Viterbo, conforme sostienen algunos otros. Habia sido el nuevo pontífice apocrisario de su antecesor cerca del emperador Mauricio, en cuyo cargo prestó importantes servicios. El 13 de setiembre del mismo año en que falleció su antecesor fué elegido pontífice, y segun opinion de muchos, bien que no muy fundada,

